

RIMAS Y LEYENDAS



a

RIMAS Y LEYENDAS

Melchor Pacheco y Obes (1809 - 1855)

ADIOS

Desprende el ancla el bergantín velero,
vuelve la espalda a la ciudad querida,
y tranquilo contempla el marinero
la blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
osada cruje la espumante prora;
ay! del que en brazos de fortuna ingrata
ve de su patria la postrer aurora!

En el mástil un pabellón ondea,
y el desterrado con dolor le mira!
No es el de nueve fajas que flamea,
amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave
a demandar al extranjero "¡tierra" . . .
Dios a la patria de la mancha lave!
Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,
que el llanto embarga su doliente voz;
el hado injusto contempló serena;
la abate sólo el angustiado adiós!

* * *

Adiós te doy, augusta patria mía;
El te abra inmenso, bello porvenir. . .
La triste vida, en la feral porfía,
perdóname si en vano te ofrecí!

¡Adiós! ¡adiós! suelo querido, en donde
sentí de amor el inmortal poder;
donde reside la divina hermosa,
que las hermosas a sus plantas ve.

Mi labio quiere recorrer tu arena,
que allí ella posa su pulido pie,
y luego nace la violeta suave,
para besarle y hermosearse en él,

mis brazos quieren estrecharte, suelo,
porque ella viva y se reposa en ti:
concha sin precio de tan rica perla,
el cielo te haga sin cesar feliz!

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,
de ella... el imán, el norte de mi ser:
la armonía dulcísima de mi alma,
la ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque
en medio al día guardará el frescor;
como el pimpollo de la rosa pura
guarda cuidadoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos
jamás un grano de tu polvo dé;
ni toque el cierzo de tu crudo invierno
a los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,
y entre celajes de oro apaga el sol
para que corran sus serenos días
y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,
abre el tesoro de tus ricas galas,
y el lindo picaflor sobre su frente
para darle frescor bata sus alas.

Envíale tus brisas perfumadas
en deliciosa esencia de azahar,
y de su boca en la carmínea taza
la almíbar pon que a tus manzanas das.

¡Guardamelá! como la tierna madre
al primer fruto de su casto amor,
como ella guarda en su alma delicada
blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará a tu orilla
a los impulsos de su dulce fama:
que en vano esconde su fragancia y nieve
la flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo
que de inmortales obtendrán el lema,
de ignotos climas a admirar su encanto
y a pretenderla por hermoso tema.

¡Guardamelá! como el avaro ansioso
guarda y esconde su mejor tesoro,
como el Brasil sus esmeraldas ricas,
como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nívea frente
jamás asome inquietador cuidado:
dale ilusiones como el cielo hermosas,
que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,
guardamelá con amoroso afán!
En derredor tus tórtolas entonen
cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!
¿Será que en vano gemirá el dolor?
Levantaré los ojos a otro mundo,
y lo que a ti, demandaré a mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,
que quiso en ella su poder probar
y la formó más bella que los seres
que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo tanto!
No es para un paria tanta perfección!...
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,
que gime penas al decirle ¡adiós!

1844.

Adolfo Berro (1819 - 1841)

A D. Esteban Echeverría

I

Pulsa, poeta, tu enlutada lira:
canta y resuene tu acordado acento
cual coro celestial;
la muerte, entonces, que feroz te mira
veloce de tu rostro macilento
la vista apartará.

Canta, que el cielo te marcó en la frente
para llenar en terrenal morada
poética misión;
y te dio la aureola fulgente
del divino Querub, predestinada
al genio creador.

II

Cuando por vez primera en mis oídos
sonara melodioso
tu canto doloroso
violento se agitó mi corazón:

en lágrimas ardiente se empapara
mi pálido semblante,
y el labio palpitante
rompió en voces de intensa admiración.

En vuelo arrebatado de tu mente
mi espíritu seguía,
y absorto te veía
luchar con espantosa realidad;

y en las puras regiones ideales,
el alma con anhelo,
correr tras el consuelo
que negó a tu penar la sociedad.

Mas que importa, poeta peregrino,
aqueje tu existencia
la bárbara dolencia
que te arrastra a la puerta sepulcral;

si en elevado acento te fue dado
cantar cuanto atesora
de ocaso hasta la aurora
en su seno natura misterial?

Acá en mi mustia frente, de María
aun vive la memoria,
y aquella hermosa historia (1)
de su pura y fatídica pasión.

Y del indio la tribu que recorre,
cual nube pasajera
en rápida carrera
del yermo inhabitable la extensión.

Graba, ¡oh poeta! tu pensar intenso
en blancas hojas que creó del hombre
el arte sin igual;

y desde el Plata, de poder inmenso,
al rico Tajo, de eternal renombre,
tu verso sonará:

mientras en el suelo que nacer me viera
y que circundan escarpadas rocas
y un monte litoral,

la mente falta de inmortal lumbrera,
obscura, y llena de esperanzas locas,
mi vida pasará.

Enero de 1840.

UNA MUJER EN LA TUMBA

Al Sr. D. Melchor Pacheco y Obes.

*Hélas! que j'en ai vu mourir
de jeunes filles!
C'est le destin. Il faut une
proie au trépas.*

Víctor Hugo.

Yace por siempre helada
dentro ataúd profundo
una mujer manchada
que el Hacedor del mundo
tornó en arcilla, en nada.

Luz funeraria vierte
mustio, fugaz destello
sobre el ya rostro inerte
que de lozano y bello
fiero paró la muerte.

(1) "La Cautiva", poema de Echeverría.

Nadie eficaz consuelo
diole con labio amante
ni mitigó su duelo
en el terrible instante
de abandonar el suelo.

Nadie doliente llora
sobre su faz marchita;
ni la piedad implora
en oración contrita
del Dios que el justo adora.

Que en ese enjuto seno
se aposentaba el crimen,
desque el rubor ajeno
pudo salvar el limen
que lleva al desenfreno.

Fue su ventura gota
de matinal rocío
que rudo viento azota,
o que ferviente estío
con seco rayo agota.

Mientras creciera obscura
bajo el paterno techo
nunca pasión impura
hizo latir su pecho
con desigual presura.

La vanidad maldita
echola luego al mundo
que la inocencia incita

para que el vicio inmundo
deje su huella inscrita.

¡Ay! la que amada prenda
era del padre anciano
dando al deseo rienda
hizo en altar profano
de su pureza ofrenda.

Por el salaz camino
corrió con suelta planta,
pimpollo purpurino
que insecto vil quebranta
y arrastra el torbellino.

¡Cuánta ventura insana,
cuánto pesar impío
abrigó el alma vana
de ese cadáver frío
que fetidez emana!

¿Y esa, gran Dios, la hermosa
es que brilló en el suelo,
cual loca mariposa
que remontando el vuelo
cae en la mar undosa?

Sí: que la diestra fuerte
del hacedor del mundo
el alma mía advierte
en ese cuerpo inmundo
que desecó la muerte.

Agosto 15 de 1840.

YANDUBAYU Y LIROPEYA

Siguiendo va por un bosque
del Paraná renombrado
a Yandubayú, cacique,
el sanguinario Carvallo.

Vuela el indígena, y sólo
se para así que lejano
de Juan Garay y su tropa
ve al atrevido cristiano:

entonces, cual tigre fiero
que sobre el toro inmediato
revuelve y la aguda zarpa
clava en el cuello gallardo,

él, esquivando la espalda
de furibundo lanzaso,
ha, con los brazos fludosos
a su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba,
que son guerreros bizarros;
y a su contrario dar muerte
los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero
cree ya vencido a Carvallo:
pero mil veces sin fruto
le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo
de aquel lugar tan extraño
víctima ya del cacique
era el soberbio cristiano:

cuando del ruido avisada
que hacen las voces de
[entrambos,
a despartir la pelea
vino, con rápido paso,

la muy gentil Liropeya,
india de rostro lozano:
del Paraná rica perla
que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores
se está el cacique abrasando;
y por haberla ofreciera
a grave empresa dar cabo:

cinco terribles guerreros
tiene a la lucha emplazados,
pues ofendieron sus deudos
y él ha jurado vengarlos.

"¿Así te olvidas, cacique,
de tus promesas? ingrato!
¿Así en combates sin premio
digno de tu heroico brazo

la vida expones que sólo
has de arriesgar en el campo
donde, triunfante, de esposa
debo ofrecerte la mano?

¡Ay! deja, deja te ruego
a ese enemigo soldado,
y guarda, guarda tu esfuerzo
para combate más alto".

Dijo la india; y al punto
soltó el cacique a Carvallo:
de paz la diestra tendiole
sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple
Yandubayú los mandatos;
luego tranquilos y juntos
se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,
bien lo notó el Castellano
que por salaces deseos
y torpe saña llevado,

hunde la espada traidora
en el cacique preclaro,
que cae sangriento y sin vida
de Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda
viendo a su amante llagado,

por el mortífero plomo
que le echó al suelo del árbol.

Con nunca oídas querellas
asorda bosques y llanos
aun a piedad las entrañas
del cazador excitando;

así con voces sentidas,
vertiendo fúnebre llanto
sobre el cadáver que estrecha
contra su seno torneado,

la hermosa indígena increpa
al matador inhumano,
y a su maldito destino,
que a tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura
con tiernos ruegos Carvallo:
pero ella airada resiste
sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos
al desleal castellano,
"seguirte quiero, le dice,
si con tus ágiles brazos

abres la fosa que encierre
este cadáver helado;
para que pasto no sea
de los voraces caranchos".

Lleno de impróvido gozo
suelta la espada el villano,
y empieza a abrir el sepulcro
del que mató descuidado:

en él le arroja y le cubre
después con tierra y guijarros,
y adonde está Liropeya
vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo ligera
el fuerte acero ha tomado,
y al español inclemente
fiera mirada lanzando,

"abre otra fosa, le dice,
oh maldecido cristiano",
y con la espada sangrienta
se pasa el seno angustiado.

Agosto 24 de 1840

Enrique de Arrascaeta

(1819 - 1892)

LA FLOR DEL DESIERTO

*Y bella flor de este suelo
para su encanto creció.*

José Rivera Indarte.

II

Le comprende y compadece,
y cariñosa le ofrece
rica miel.

Une al suyo su destino,
y su buen o mal camino
va con él.

Y todo por él lo deja...
del dulce abrazo se aleja
maternal;
deja sus padres ancianos,
sus amigos, sus hermanos
y el país natal.

Ora por sendas amenas
alfombradas de azucenas
de él va en pos,
ora crucen entre espinas,
yedra nacida entre ruinas
son los dos.

Y cuando fija en la mente,
en el corazón doliente
el alma lee,
como en el cristal del río
sus mustias hojas sombrío
el sauce ve.

Y al peso de la tristeza
encorvada la cabeza
al pecho trae,
como flor descolorida
por el cierzo combatida
al suelo cae.

Dulce penetra el oído,
el dulce acento querido
al corazón,
una bella flor le ofrece
que en mil ensueños le mece
de ilusión.

Con un beso, castamente
calma el ardor de su frente
mundanal,
y no bien su amado nombra
desaparece la sombra
funeral.

Del mundo que le atosiga,
las crueles penas mitiga
y su dolor
con suavísimas caricias,
y le embriaga mil delicias
con su amor.

Viajeros yendo un camino,
débelos un día el destino
separar;
si él traspasa la ribera,
queda aquí su compañera
a llorar.

III

Que eres lirio azul del cielo
nacido en árido suelo,
bello ser.
Angel de este mundo yerto,
sola flor de este desierto:
eres mujer!

Cerrito, 1844.

Juan Carlos Gómez

(1820 - 1884)

A ADOLFO BERRO

Fue poeta e infeliz
Berro

Deja el guerrero escrita su memoria
en el rastro de sangre de sus huellas;
el poeta en sus lágrimas su historia,
los que saben llorar la leen en ellas.

El marca su vivir, en pos de un nombre,
con horas de delirio y de aflicción,
dichoso si las lágrimas del hombre
señalan el compás de su canción.

¡Pobre Adolfo! Tu vida fue un gemido,
un gemido tan hondo y tan veloz!
Si tan pronto en los tiempos se ha perdido,
quedó en las almas eco de tu voz.

Porque es un eco inmenso el sentimiento
estrechamente a la existencia unido,
y al sonar en los aires tu lamento
los hombres que lo oyeron han sentido:

y llorarán e inundará su llanto
la rosa de la tumba en que reposas,
y otro poeta elevará su canto,
y el bueno sus plegarias fervorosas.

¡Pobres nosotros! perdimos
una esperanza tan bella,
quedándonos en vez de ella
sólo un recuerdo... no más.

Perdimos en un momento
con el porvenir de un hombre,
la parte inmensa del nombre
que debimos heredar.

¿Quién llorará nuestros males
llenándolos de consuelo,
marcándonos en el suelo
la senda de la virtud;

con ese acento tan suave
que nuestra alma suspendía,
con esa triste armonía
de su enlutado laúd?

¿Quién a la infeliz ramera,
a la huérfana, al mendigo,
dirá palabras de amigo,
dará esperanzas, como él?

¿Quién a los hombres, valiente
dará sarcástico ¡bravo!
al ver llorar al esclavo
reclinado en un dintel?

Ellos vendrán a tu tumba,
vendrán de tristeza llenos;
el séquito de los buenos
será tu elogio mayor.

Feliz quien ha conseguido
el llanto del desgraciado! . . .
Aquel que nunca ha llorado
no comprende su valor.

Ellos vendrán y contarán tu historia
al que lleve su paso por allí,
y rendirá homenaje a tu memoria
al oír, *fue poeta e infeliz.*

Joven cual tú me perderé, sin duda,
porque hay en mí un germen de dolor,
porque yo siento una tormenta muda
despedazar mi pobre corazón.

Más al recuerdo de la suerte mía
nadie en el mundo verterá su llanto;
sobre la losa de mi tumba fría
ningún poeta entonará su canto.

Setiembre 28 de 1841.

¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
la tempestad continúa que asalta mi bajel,
y por mi vida elevas desconsolado ruego,
perdida la esperanza de que me salve en él?

No temas, tierna amiga, dentro del pecho siento
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;
aunque la barca es frágil la vela ciño al viento,
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia, y aligerar el leño
me es fuerza a cada instante para poder vogar,
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,
una afección querida, una esperanza más.

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
al templo de la patria he de llevar honor.
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
si pongo en sus altares la vela y el timón?

¿TE OLVIDARAS DE MÍ?

*Un presentimiento me
dice que no le volveré
a ver más. Emilia*

Adiós! Y si es por siempre,
adiós por siempre, Emilia!
En este ingrato mundo
los goces breves son,
para el viajero errante
sin patria y sin familia,
donde abrigar del tiempo
su pobre corazón.

En tan inquieta vida
hay sólo una dulzura:
pensar que a los que amamos
veremos otra vez;
y en esa ilusión bella
la copa de amargura
ha derramado entera
presentimiento cruel.

Envuelto en las tormentas
el pájaro del polo,
recorre infatigable
la procelosa mar:
así sobre las ondas
acongojado y solo,
sin esperar descanso
me lleva el huracán.

Si es cierto, si está escrito
que bajo extraño cielo,
me cubrirá de olvido
polvo extranjero así;
privado de las lágrimas
de la amistad de duelo,
ay! tú también, Emilia,
¿te olvidarás de mí?

DESCONSUELO

(En el álbum de un compatriota)

Vas a cruzar el Plata — cuando veas
en el confín azul del horizonte
la cabeza de un monte
levantarse del mar;
al rebosar de júbilo tu alma
ante el nativo suelo
juzga si es desconsuelo
vivir sin patria en prestado hogar!

EN SU TUMBA

Es esta, sí; Dios mío, la tumba abandonada,
en donde yace polvo una mujer amada,
que nadie en este mundo recuerda sino yo: —
cubierta está de musgo, emblema del olvido,
el mármol se abre en grietas, la yerba que ha crecido
me oculta ya su nombre que el tiempo aún no borró.

Y hermosa era en la tierra! la veo todavía
pasearse como el ángel de la melancolía
bajo los verdes sauces, que verdes aún están!
La veo, sorprendida, mirarme placentera,
al aire suelta en rizos la negra cabellera,
sus grandes ojos negros de inmensa luz radiar.

La veo, y en las auras oigo su voz vibrando,
la huella del pie breve me muestra el césped blando
a orillas de las aguas que no la espejan ya...
Ay! todo está como antes en la naturaleza,
apenas si ha teñido un viso de tristeza
aquel azul del cielo de la felicidad.

¿Quién me dijera, entonces, Elisa, vida mía,
que nada en este mundo, que nada quedaría
de tanta gentileza, de tanta juventud?
¿Quién me dijera, entonces, que yo me resignara
a renunciar la dicha de que era mi alma avara
a soportar la vida que no acompañas tú?

Y he recorrido el orbe, la cruz sobre mis hombros,
y estoy junto a tu tumba, en medio a los escombros,
de pie sobre las ruinas del derruido Edén;
ruinas del vasto alcázar que una ambición alzaba,
en donde los tesoros de mi alma acumulaba,
y así del infortunio cedió al primer vaivén.

¿Qué hicimos, inocentes, para expiación tamaña?
¿Qué hicimos, pobres niños, para irritar la saña
de ese tropel de bárbaros que nos lo derribó,
de ese tropel de bárbaros que con sangrientas manos
en delirante furia al pie de los tiranos
honra, familia, patria y religión echó?

¿Qué hicimos? Ser tú ángel, ungido de la gracia,
que siempre hallabas bálsamo para cualquier desgracia,
y nunca indiferente se te acercó un dolor;
ser yo desde temprano sostén del oprimido,
mi débil pecho de égida poner desprevénido
no abandonar la víctima al sacrificador.

Quizá al morir fue el mismo tu triste pensamiento,
mi nombre de tus labios quizá el postrer acento,
y a la postrer imagen de tu existencia, yo!
Quizá el Edén perdido en tu pupila inerte
se bosquejó en un sueño, y en brazos de la muerte,
acongojó tu alma el bien que no gozó!

Tú perdonaste, mi ángel, y yo que en mí sentía
la voluntad del fuerte, e indómita energía,
capaz de un mar de sangre y de vengarte bien;
me resigné a ser víctima por mantenerme bueno,
del mundo acepté humilde el cáliz de veneno,
y de punzante espina dejé ceñir mi sien.

El sacrificio —estéril—, está ya consumado,
el porvenir ha muerto, mi bien, y en el pasado
sólo hay para mi espíritu un mundo de dolor;
del corazón que amaste desangraré la herida
mientras palpita, Elisa, mientras le quede vida
para guardar memoria de tu divino amor.

Sin ti, de mi calvario terminaré el camino,
en la inclemente patria nos separó el destino,
y ni aun la misma tumba nos unirá a los dos.
Y tras la tumba, nada! ... nada la mente alcanza,
polvo que pisa el hombre, no hay más, no hay esperanza,
polvo que lleva el viento y no llega hasta Dios!

SURSUM CORDA

Alcemos nuestros tristes corazones!
Rinde al dolor la fe que no vacila,
manda parar al sol, y entre sayones
y encima del Calvario está tranquila.

De pie sobre el peñón, en un presagio
abandonado el náufrago confía
muy larga es ay! la noche del naufragio
y brilla al fin de la salud el día.

Aguila herida en la empinada cima,
las alas tiende en doloroso vuelo,
mira la inmensidad, el sol la anima,
arroja sangre, y se remonta al cielo.

Tiende al cielo tus alas alma mía,
el Sol contempla de la vida nueva,
aura de luz, de aroma, de armonía,
mar de felicidad nos trae el día,
ola de amor al porvenir nos lleva.

Alejandro Magariños Cervantes (1825 - 1893)

EL YACARE

(Capítulo V de "Caramurú")

Trasladada con su tía a la *Estancia* nuestra joven enferma, sólo se ocupó de restablecerse lo más pronto posible para volver cuanto antes a la capital. Acostumbrada a vivir en el seno de los placeres, el campo, por más que la agradase, debía serle muy pronto insoportable.

Sin más sociedad que la de doña Eugenia y la mujer del *capataz* (*), los dos en el último tercio de su vida, y por consiguiente incapaces de adaptarse a sus ideas, a sus sentimientos y a su manera de ver y concebir las cosas, no era extraño que echase de menos a cada instante a sus jóvenes y bulliciosas amigas, y a los festivos tertulianos que frecuentaban su casa.

Mediaba además otra circunstancia para que fuese más grande este vacío. Las dos señoras, que frisaban ya en los cuarenta y cinco años, eran frenéticas *realistas*, pertenecían al partido de los intrusos, e intolerantes hasta el exceso, no consentían que prevaleciese sobre el particular otra opinión que la suya, y Lía, hija de un hombre que se había distinguido entre los más decididos patriotas en la lucha contra España, simpatizaba ardientemente con los pocos *orientales* que, fieles a sus principios, se negaban a plegarse al yugo de los usurpadores y rechazan con desdén las riquezas, las distinciones y honores que les brindaban en cambio de su apostasía.

(*) Administrador de la Estancia y encargado de hacer ejecutar las faenas rurales [Nota del autor].

El marido de doña Eugenia pertenecía al número de los que desde un principio, traicionando a sus amigos y abandonando vilmente al partido que los había sacado del polvo y dándoles importancia personal y valor político, se adhirieron al nuevo gobierno. Vileza que la corte de Río de Janeiro recompensó generosamente, como todos los gobiernos débiles y menguados, confiriéndole el mando, o sea la *comandancia general* del departamento de Paysandú. Los camaleones políticos en todas partes y en todos tiempos... el buen juicio del lector completará el período.

Y hemos visto en el anterior capítulo cómo su esposa calificaba a los patriotas, sin acordarse que su propio hermano lo era. El diccionario de la maledicencia se agotaba en sus labios cuando se hablaba de ellos.

Lía, con su carácter franco, con su ingenuidad de niña, cuyo corazón simpático e imaginación de fuego se entusiasmaba por todo lo que era bello y noble en sí, no podía oír tranquila que se calumniase en su presencia a aquellos heroicos proscriptos, que, seguidos de un puñado de valientes, desnudos, sin armas, sin recursos, perseguidos en todas direcciones, sin más amparo que su fortaleza, sin más aliados que la desesperación, sin más esperanza que encontrar una suerte gloriosa en las lanzas de sus opresores, cuando no en un cadalso convertido en el lecho de su gloria, todavía hacían estremecer los desiertos y las ciudades, las montañas y las llanuras, los ríos y los bosques con su formidable grito de guerra:

—¡Libertad o muerte!

Las hazañas de los intrépidos guerrilleros llegaban en alas de la fama hasta la capital, magnificadas por la distancia, y engrandecidas por el misterio que los rodeaba. Tan pronto era un destacamento de mil hombres batidos por cien, como una división prisionera y pasada toda a cuchillo, o la toma de un pueblo, ora la sorpresa de un campamento. Luego, los vencedores desaparecían como por encanto, y no se volvía a hablar de ellos hasta que un nuevo rasgo de valor, que rayaba en fabuloso, venía a esparcir la alarma y a poner en movimiento las numerosas tropas lusitanas y brasileñas desparramadas por todo el territorio y dueños únicamente del suelo que pisaban.

Acaso creerán algunos que mentimos o exageramos; pero llegaron a infundirles tal espanto las partidas de *montoneros*, que huían de ellos los usurpadores al solo amago. Por regla general, no aceptaban el combate sino veinte contra uno.

De esta manera las filas de los patriotas se fueron engrosando, y a no ser por la mala inteligencia y rivalidades de los jefes, es indudable que hubieran acabado con los intrusos, sin necesidad del refuerzo que más tarde les envió Buenos Aires.

Los hombres, egoístas y mezquinos por lo común, o si se quiere, más expuestos a comprometerse, guardaban una prudente reserva, esperando ver más despejado el horizonte; no así el bello sexo, que acogía con el mayor entusiasmo las noticias favorables a los rebeldes, las propalaba, mantenía correspondencia con ellos, y los proclamaba en voz alta *beneméritos de la patria*.

Entre estos caudillos, modelo casi todos de audacia y heroísmo, Amaro, bajo el nombre de Caramurú, ocupaba tal vez el primer lugar. Su fama se había extendido, no sólo por los departamentos de Tacuarembó y Salto, teatro de sus primeros hechos de armas, si que también por las dos riberas del Plata y estados limítrofes.

Los rumores que circulaban acerca de él eran muy extraños y contradictorios. Unos decían que era indio, otros mestizo o mulato, y no faltaba quien asegurase que era bastardo y que pertenecía a una distinguida familia de *Río Grande*; pero lo cierto es

que todos ignoraban su verdadero origen, y sólo sabían que era un gaúcho, en toda la extensión de la palabra, que había despreciado por tres veces el grado de general y una crecida suma de dinero que le prometió el gobierno portugués con tal que se sometiese, y que no pudiendo conseguirlo, había puesto a precio su cabeza ofreciendo cien *contos de reis* (*) al que se lo entregase vivo o muerto.

Lía había oído hablar muchas veces de aquel hombre extraordinario, y muchas veces se había llenado de entusiasmo y admiración al escuchar las cosas inauditas que se contaban de su arrojo, de su presencia de ánimo, de su indomable fiera, de su desinterés, y del juramento que hiciera de sacrificar su vida en aras de la patria o libertarla de sus opresores. Su viva imaginación se lo pintaba con los más halagüeños colores, y estaba persuadida que le conocería en cualquier parte que le viera y le distinguiría entre mil personas antes que le dijeran su nombre. Lisonjera ilusión que la realidad debía desvanecer muy pronto...

Como el médico le tenía recomendado el ejercicio por la mañana, se levantaba muy temprano, y se iba a pasear con un libro en la mano por las márgenes del río, que quedaba a unas quinientas varas de la casa.

Una vez, distraída con una novela que le interesaba en extremo, se alejó más que de costumbre, y sintiéndose fatigada, se sentó en el tronco de uno de los sauces que crecían a las orillas, y continuó su lectura sin acordarse de la prevención que le habían hecho de no encaminarse nunca por aquel lado, cubierto de tupidas enredaderas, juncos altísimos y espesos cañaverales.

Cuando más engolfada estaba, oyó a poca distancia un ruido seco y áspero, acompañado de un quejido lastimero que erizó sus cabellos y heló la sangre en sus venas. Estallaban las cañas huecas y se doblaban los crujientes juncos como si rodara por encima de ellos una pesada mole de bronce.

Lía, pálida y temblorosa, trayendo a la memoria las aterradoras palabras de precaución que había olvidado, dejó caer de las manos el libro, y clavó sus espantados ojos en el paraje de donde parecía venir el ruido, que iba en aumento.

Poco duró su incertidumbre; un grito desgarrador se escapó de su pecho, y sin saber lo que hacía, echó a correr, no para la estancia, sino en dirección a la selva.

Un enorme *yacaré*, anfibio de la misma forma que el cocodrilo y tan feroz como él, seguía sus huellas, ora gimiendo como un niño, ora exhalando un sordo rugido, semejante al rechinamiento de una sierra cuando tropieza con un clavo u otro cuerpo que no puede partir.

Este ruido, indicio de la cólera del animal cuando se le escapa su presa, es ocasionado por el choque de sus mandíbulas, armadas de una triple hilera de dientes, tan afilados como los del tiburón.

A los clamores de Lía, un hombre que parecía venir de la selva cerró espuelas a su caballo, y gritándole: "Corred a derecha e izquierda... serpeando" sacó sin pararse un pañuelo, y se lo ató por los ojos a su corcel, como acostumbra los picadores cuando su rocín, no sabemos si de hambre o de flaqueza, se empeña en retroceder ante el toro.

La aparición, y sobre todo, la advertencia del desconocido, no pudo ser más oportuna. El *yacaré* ganaba terreno por instantes, y la joven, oyendo cada vez más cerca el rumor de sus escamas al

(*) Cien mil duros: hoy el *conto* en el Brasil sólo asciende a quinientos. [Nota del autor].

arrastrarse por el suelo, y el chasquido de su gruesa cola que se movía a un lado y a otro como la pala de una canoa, sentía que se le agolpaba la sangre en el corazón, que inundaba su frente un sudor frío, y que una rigidez mortal paralizaba sus miembros y derramaba en todo su cuerpo el hielo de la muerte.

—¡Corred a derecha e izquierda... serpeando! repitió por segunda vez el desconocido, ya a cincuenta pasos, y haciendo girar por encima de su cabeza el arma de los gauchos, cuando quieren matar a un animal o a un hombre sin bajarse del caballo: la terrible *bola perdida*. (*).

Lía al verle, hizo un postrer esfuerzo, y obedeció instintivamente a aquella voz vibrante y poderosa, que le infundía nuevo aliento, resonando en sus oídos como el eco de un ángel que bajase del cielo para salvarla.

Y la salvó en efecto, porque el *yacaré*, como todos los animales de su especie, corre con bastante rapidez en línea recta, pero teniendo que volver el cuerpo, es tardo y se le burla con facilidad variando al huir de dirección.

No obstante, Lía estaba tan fatigada, que probablemente habría sido víctima al fin del espantoso reptil, a no interponerse entre ella y él su libertador.

Pasó éste a escape, y sin detenerse se inclinó y descargó un tremendo golpe en la cabeza del *yacaré*; pero la férrea bola, en vez de herirle en una de las concavidades de la frente, como pensó el gaucho, chocó con el capacete del cuello, y rechazada, resbaló a lo largo del espinazo.

Al mismo tiempo el caballo, volviéndose de pronto, olfateó el caimán, y acometido de un temblor nervioso, se replegó sobre sus cuartos traseros, crispadas las piernas delanteras, enhiesto el cuello, erguidas las orejas, erizada la crin, y aspirando y despidiendo el aire con un ardiente y prolongado resoplido, insensible a la espuela y aun a los golpes de bola que le descargaba el jinete, cual si hubiera echado raíces en la tierra.

El *yacaré*, que estaba hambriento, fijó en él sus pequeños ojos de serpiente inyectados de sangre, se incorporó velozmente, y le clavó en el pecho sus dos garras, armada cada una de cinco puñales, porque no merecen otro nombre las aceradas púas que las defienden.

Caballo y caballero rodaron sobre la yerba: Lía dio un grito, alzó las manos al cielo, y cayó desmayada.

Entonces tuvo lugar una de aquellas escenas horribles que sólo se ven en los bosques de América.

El caballo quedó muerto en el acto, y a esto debieron su salvación Lía y el desconocido. El terrible anfibio le había abierto en el pecho una ancha puerta, por donde salía un raudal de negra sangre, que él bebía ávidamente sin reparar en los dos desgraciados que, tendidos a veinte pasos, sin conocimiento el uno y atontecido el otro por la caída, habrían podido pasar de su letargo a la eternidad sin oponerle la menor resistencia.

Cuando el reptil se hartó de beber, metió su larga y aplastada cabeza por el pecho del caballo para devorarle las entrañas. El gaucho se levantó y conceptuando inútil la *bola perdida*, vista la imposibilidad de herirle en la cabeza, se le fue acercando cautelosamente, y con mano firme y certera le escondió en la juntura de una de las patas delanteras la hoja de su puñal hasta el pomo, revol-

(*) La bola perdida es una esfera de bronce, hierro o piedra del tamaño del puño, forrada en piel de vaca, sujeta a un cordel para arrojarla hasta a doscientos pasos de distancia, o dar el golpe mortal sin soltarla. Es increíble la fuerza que lleva con el girar del brazo y la carrera del caballo.

viéndosela dentro el breve instante que tardó el yacaré en sacar la cabeza de los encuentros del caballo.

El agresor, impasible y sereno, retrocedió dos pasos, y volvió a esgrimir la bola perdida.

Esta vez el golpe fue más certero: la metálica esfera se hundió toda en una de las concavidades de la frente, y los sesos del animal asomaron al través de la rasgada concha.

Iba el valiente gaucho a ultimarle con nuevos golpes, cuando el reptil comenzó a dar vueltas, desatentado y furioso, escarbando la tierra y arrojando sangre por la boca; de repente se detuvo, dio un rugido, acompañado de un fuerte sacudimiento, y agitándose con las ansias de la muerte, cayó de espaldas, encogió las patas, y expiró. Tenía partido el corazón.

El vencedor corrió donde estaba Lía desmayada, la tomó en sus brazos, y la contempló algunos minutos con el embeleso de una joven madre que acaba de salvar a su primer hijo de una enfermedad mortal.

—¡Qué bella es! murmuró; intenciones me dan de llevármela...

Y giró la vista a su alrededor, como para cerciorarse de que estaban solos y podía impunemente realizar su intento.

—¡Pero es tan joven, continuó, tan delicada... y su aire, su traje, todo indica que pertenece a otra clase muy distinta de la mía... y sin embargo!

El gaucho la seguía mirando irresoluto y dudoso; por fin, se dijo:

—No, ¡sería una infamia!

Lía abrió los ojos, y al verse en los brazos de un hombre, al tropezar con sus miradas fascinantes y abrasadoras, por un involuntario impulso de pudor se cubrió el rostro con las manos, y trató de ponerse de pie.

Comprendió él su deseo, y se apresuró a satisfacerlo. Lía le dio las gracias, y después de informarse muy minuciosamente de los pormenores que ignoraba y preguntarle si estaba herido, le suplicó la acompañase a la estancia, porque deseaba presentarle a su familia.

—Gracias, hermosa niña; mil gracias, contestó él tristemente; y si de algún modo queréis recompensarme el corto servicio que he tenido la suerte de haceros, guardad el más profundo silencio acerca de nuestra aventura.

—¿Por qué? preguntó Lía sorprendida.

—Por dos razones: la primera, porque os privaría en adelante de salir sola; y la segunda, porque no me conviene llamar aquí la atención de nadie.

—¿Seríais acaso uno de esos valientes que andan errantes y perseguidos por su noble amor al suelo que le vio nacer?

—Tal vez, respondió el interpelado, sonriéndose del calor y entusiasmo con que se expresaba la joven republicana.

—Pues entonces...

—¿Qué?

—Veo que tenéis razón; seguiré vuestro consejo.

—¿Y no vendréis a verme alguna vez?

—¿Por qué no? repuso Lía con afabilidad. Me habéis salvado la vida, y no soy ingrata... Además, el motivo que os obliga a ocultaros es un título que os hace más digno de mi aprecio...

Un relámpago de alegría iluminó el semblante varonil y melancólico del proscrito.

—¡Ah! exclamó; que no sea en esta, sino en otra parte del río. Este es un paraje muy peligroso, y no sé cómo os habéis atrevido...

—Me lo habían dicho, contestó Lía moviendo la cabeza, pero lo olvidé distraída con la lectura.

Y dándose un golpecito en la frente, sacó del seno un pequeño reloj del tamaño de medio duro embutido de perlas, y añadió con el infantil candor y ligereza de una niña:

—Ya son las diez, y me estarán aguardando para almorzar... Con que hasta mañana, ¿eh?... No vaya a venir alguno y nos encuentre juntos.

El gaucho la acompañó en silencio, y cuando llegaron a los últimos cañaverales, se detuvo y estrechó y besó la mano que Lía le tendió con una sonrisa angelical y un afectuoso:

—Adiós: hasta mañana a las seis.

—¡Adiós respondió él, siguió mirándola hasta que se perdió de vista en el pequeño declive que formaba la cuchilla sobre la que estaba edificada la casa de la estancia.

—¡Qué hermosa, qué ingenua, qué inocente es! decía él al retirarse, mientras ella por su parte añadía:

—¡Qué gallarda presencia y qué aspecto tan agradable tiene! ¡Qué valiente es! ¡Cuánto me gusta! ... De buena gana le trocaría por mi insulso conde...

Y en verdad que no iba desacertada, porque Amaro, pues no era otro el personaje que ha figurado en todo este capítulo, aunque gaucho, valía mil veces más, física y moralmente, que el egregio y elegante D. Alvaro Abreu de Itapeby.

Ramón de Santiago (1833 - 1907)

LA LOCA DEL BEQUELO

(Recuerdos de la Guerra de Nueve Años)

En la enramada de un rancho viejo
nido de gaucho, cerca del Yí
guitarra antigua, tierna lloraba
la triste historia que canto aquí.
"¿Sabéis, paisanos, por qué ando errante
bajo estos bosques del Bequeló?
Me llaman loca; pero es mentira:
es que no tengo ya corazón.
Venid paisanos, venid conmigo,
diré mi historia junto al fogón.
¿Veis mis cabellos? Eran muy negros
más que las alas del cuervo, más,
están muy secos... tan blancos, blancos
como las flores del arrayán.
¿Veis estos ojos? No tienen vida
pues antes puros como el cristal,
fueron dos luces que se encendieron
en una aurora del Uruguay.
Tristes mis labios, son amarillos
como el pellejo del butihá;
¡ay! los tenía rojos y alegres

como el penacho del cardenal.
Allá en la loma como un calvario,
veréis ruinas y un triste ombú;
fueron mi cuna, fueron mi estancia,
fueron mi nido verde y azul.
Cuando yo muera, clavad, paisanos,
bajo aquel árbol mi humilde cruz,
que allí murieron mis dichas todas,
allí he perdido mi juventud.
Tenía un esposo que ardiente amaba
y un hijo bello que era mi Dios;
ah, qué contenta perdiera el cielo
¡si yo pudiese ver a los dos!
Una mañana... ¡maldita sea!
cuando esta guerra se pronunció,
mi esposo tierno me dio un abrazo;
llorando mucho a su hijo besó;
pálido el rostro tomó su lanza,
montó a caballo, triste partió.
Aun me parece, lo ven mis ojos,
de lejos lomas haciendo ¡adiós!
¡Ay! mis paisanos, en ese día
perdí un pedazo del corazón.
Pasaron meses, pasaron años,
llorando siempre, siempre peor,
cuando una tarde que al hijo amado
de mis entrañas contaba yo
del pobre padre, que no volvía,
la ausencia larga, su último adiós,
cruzando un campo llegó un sargento,
de su caballo se desmontó
y al solo rayo de mi esperanza
estas palabras le dirigió:
¿Ves esta lanza? fue de tu padre;
por su divisa bravo murió;
tómala y vamos, no te demores,
que en las cuchillas se duerme el sol.
Llorando, mi hijo me dio un abrazo,
montó a caballo y triste partió.
¡Ay! mis paisanos, en esta tarde
quedó mi pecho sin corazón.
Ya van dos veces que las torcazas
dulces arrullan en el sauzal,
y los boyeros cantando alegres
cuelgan sus nidos del ñandubay,
pero no he visto más a mi hijo
desde esa tarde negra y fatal.
Allá en la loma, como un calvario,
veréis ruinas y un triste ombú;
cuando yo muera clavad, paisanos,
bajo aquel árbol mi humilde cruz".
Esta es la historia que en la enramada
de un rancho viejo cerca del Yí
sobre las cuerdas estremecidas
de una guitarra llorar oí.
Y al escucharla, con honda pena
mi labio trémulo triste exclamó:
¡Ay! ¡Cuántas locas habrá en mi patria
como la loca del Bequeló!

Aurelio Berro (1833 - 1901)

LA PENA DE MUERTE

Nace el hombre de espíritu dotado
que los resortes de su ser anime,
y su alma, libre, movimiento imprime
al cuerpo esclavo a su poder atado.

En un instante de furor, cegado,
el tosco mango de un puñal oprime,
y el arma vil del asesino esgrime
contra quien fue para su amor formado:

huir la sombra de su crimen quiere
y el castigo a la vez, ¡angustia vana!
La ley severa su cabeza hiere.
Tiende su vuelo el alma soberana
el barro solo se deshace o muere;
¡y se ha cumplido la justicia humana!

José Pedro Varela (1845 - 1879)

MEDITACION

¿Quién mueve el corazón cuando se agita
loco de amor, sediento de ventura,
buscando en la mirada candorosa
de una mujer que trémula suspira,
algún rayo de luz que le ilumine
y que su amor aliente;
prestándole calor, como le presta
a la agostada flor, el sol ardiente?

¿Por qué en lucha incesante
viven el corazón y la cabeza?
¿Por qué el grito del alma enamorada
encuentra siempre frío al pensamiento,
sin que jamás alcance
el rayo bienhechor de la esperanza
a ahogar la voz de la razón severa,
que nos dice incesante:
"Haz que en tu pecho el sentimiento muera"?

Esa lucha continúa
del sentimiento natural del hombre,
que nos incita a amar con la cabeza,
que nos pinta de negro colorido,
los cuadros más hermosos
que forja el corazón, si la esperanza,
con su cándida luz nos ilumina,
dándole a todo sonrosado tinte
como el sol con su lumbre matutina.
¿No es la lucha gigante, que sostiene

el alma con el cuerpo? ¿No es la idea
del Creador, sublime, la que encierra
el corazón, cuando de amor palpita;
y que la mente encarcelar pretende,
entre la trama vil de la materia,
ansiendo loca en su insaciable anhelo,
que de Dios triunfe el hombre, y que la mente,
nuevo Satán, se bata con el cielo?

¿No es acaso una chispa desprendida
del sublime Señor, que de su trono
con su mano potente el mar sujeta,
lo que llaman amor? ¿No es un recuerdo
que guarda el alma del perdido cielo?
¿No es un rayo de luz, que entre las sombras
brilla de la existencia,
como brilla después de la tormenta
del polo entre la nieve
la aurora boreal que el cielo argenta?

Pero ¿es un beneficio el que nos hace
ese Dios que impasible,
contempla el sufrimiento de este mundo,
cuando nos da el amor? ¿No será acaso
para hacer más horrible la existencia
que nos presta esa luz, que si un momento
ilumina la vida
desaparece luego
y nos deja en el alma eterna herida?

¿Pero existe el amor? Y aun existiendo
¿es puro, es sacrosanto, como dice
el corazón cuando de amor palpita?
Si es un recuerdo que en el alma queda
del cielo que perdimos, ¿por qué, entonces,
es imposible amar, sin que encontremos,
una mujer en quien se fije el alma?
Y si es tan inocente
como el hombre en sus sueños lo imagina
¿por qué siempre va unido
a ese cariño que de Dios llamamos,
el deseo continuo
de poseer a la mujer que amamos?

Perdóname, Señor, si un solo rayo
de esa impiedad fatal que al hombre agita
se abrigara en mi pecho! Es que perdido,
al cruzar los senderos de la vida,
he sentido mi alma hecha pedazos,
y me acobarde mi dolor profundo!
¿Qué pie no ha resbalado,
y quién, Señor, no tropezó en el mundo?

Perdóname Señor, si el fuego santo
que pusiste en mi pecho un solo instante,
loco desconocí. Mi amor y mi alma
son tan puros, Señor, como ese cielo
que tu grandeza y tu poder revelas;
pero ni un eco encuentra mi cariño
en la mujer que adoro:
por eso me anonado,
y de dolor y de tristeza lloro!

¿En qué noche, por lóbrega que sea,
no brilla entre las sombras una estrella?
Así en mi alma que el dolor abate,
entre las sombras del pesar, intensas,
con una luz que próxima a extinguirse,
lanza apenas un pálido destello,
brilla de la esperanza el faro hermoso
que nos presta el Señor, como un consuelo.

¡Bendito sea Dios que dentro el pecho
ha puesto la esperanza,
que nos presta al nacer su luz querida,
y que aun vierte su lumbre bienhechora,
al bajar al ocaso de la vida !

Juan Zorrilla de San Martín (1855 - 1931)

EL ANGEL DE LOS CHARRUAS

*Era el ángel transparente
que el indio libre adoró;
rayo de un astro doliente,
el último, ¡ay! inocente
de una raza que murió.*

I

Fría cruzaba la brisa
sobre un humeante chal,
oreando sangre, de prisa,
fría cruzaba la brisa
como la hoja de un puñal.

Llanto pidiendo a las hojas,
lamentos al Uruguay,
plañía tristes congojas,
llanto pidiendo a las hojas
del ombú y del ñandubay.

Por la llanura esparcidos
en sangrienta confusión,
están los bravos caídos,
por la llanura esparcidos
sin fuego en el corazón.

Las indiecitas huyendo
solas y sin patria van;
dejan sus toldos gimiendo,
las indiecitas huyendo
porque murió Zapicán.
¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hacia atrás

dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
para no alzarse jamás!

II

Oscura, como la sombra
de una conciencia maldita,
la noche los cuerpos muertos
con su crespón envolvía;
y palpitando en su seno
como un alma que, perdida,
llora buscando su forma,
y al llorar canta y suspira,
algo como una canción
de triste cadencia rítmica
casi al silencio y al llanto
y a la muerte parecida,
se dilataba vibrando
en aureolas de armonía.

.....
Las siluetas, de las lomas,
con iluminadas líneas,
poco a poco comenzaron
a dibujarse indecisas
sobre ellas, formando copos
de formas todas distintas,
se encendió un hermoso grupo
de plateadas nubecillas;
de entre ellas salieron rayos
perdidos entre ellas mismas,
los átomos encendidos
brillaron con luz tranquila,

y de entre todos, besando
a nubes, rayos y líneas,
serena se alzó la luna
con quieta melancolía,
acariciando a la tierra
con su luz diáfana y tibia.

Entonces, como engendrada
por la luz que la envolvía,
sentada sobre una loma,
se vio la forma de una india:
intangible y transparente,
casi sin forma distinta,
era un ensueño de niño,
un jirón de luz con vida;
una alma, forma y substancia
de una niebla que palpita;
un espíritu sin nombre
formado por la unión íntima
de las furias del salvaje
y de la calma divina.

*Era el ángel transparente
que el indio libre adoró;
rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.*

Con la frente sobre el pecho
y la mano en la mejilla,
modulada la canción
que entre las sombras latía;
transparentaba la luz
su tez pálida y cobriza;
del fondo de dos abismos
brotaba su ardiente vista;
tres plumas sobre su frente
el viento al pasar agita,
y un *tipoy* blanco en jirones
vela mal sus formas tímidas;
en su frente chispeaba
la noble altivez vencida;
de una esperanza en sus ojos
aun humeaban las cenizas,
que un fulgor vago y siniestro
prestaban a sus pupilas.

*Era el ángel transparente
que el indio libre adoró,
rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.*

Era un misterio encarnado
entre las selvas indígenas,
por los amores del cielo
con una tierra bendita;
era un ser que condensaba
toda una raza extinguida:

las lágrimas de los niños,
los suspiros de las indias,
los ayes de los guerreros
que, combatiendo, caían;
los aullidos del combate,
las ramas que el viento agita,
el silbar de las saetas
y bolas arrojadizas;
el golpe de las macanas,
el bote de lanzas indias,
el chasquido de los lazos
que arrebatában las filas,
el caer de cuerpos muertos
y alzar de almas redimidas.

*Era el ángel transparente
que el indio libre adoró,
rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.*

III

De la visión de la loma
la transparente armonía,
entre la luz que se apaga
por grados casi se infiltra;
se extienden y se dilatan
de sus contornos las líneas,
y en su lugar, en la loma,
una leve nubecilla,
quedó sólo iluminada
por las últimas caricias
del astro que adoró el indio,
y que ahora sólo se iba
sin que un aullido charrúa
culto salvaje le rinda.
La última crencha de luz
absorbió a la nubecilla,
como a una niebla en verano
una ráfaga disipa,
se apagó la luz del mundo,
se ahogó la dulce armonía,
volvió la sombra a envolver
los muertos en la campiña.
Volvió el silencio a reinar
entre las selvas indígenas,
y, a lo lejos, en el río,
en los buques de la orilla,
se oyó el rodar de cadenas
de una maniobra marina.
¡Cadenas! ¡Pobres charrúas!
¡Ay de la raza vencida!

¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hacia atrás
dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
para no alzarse jamás!

1877.

Notas de un Himno

TU Y YO

Perfume de una flor que, al desprenderse,
ni una hoja de sus pétalos lastima;
tibio efluvio de luna de verano
que en el disco plateado se destila;
calor de una mirada de ternura
que atraviesa inocente unas pupilas;
roce de un alma que, buscando otra alma,
en sí misma sin ruido se desliza:
ese es tu aliento
cuando suspiras

Lágrima que oscilando sobre el alma,
se evapora al color del dolor mío;
rumor de oleaje que, en desierta orilla,
rueda mugiendo entre escarpados riscos;
ave que huye y, al volar llorando,
quiebra la rama en que dejó a sus hijos;
nota que, al desprenderse de una cuerda
deja al pobre laúd, temblando, herido:
eso, tan triste,
son mis suspiros.

SIEMPREVIVAS

¡A las flores emblema de la muerte,
las llaman *siemprevivas*!...
¿O será porque el vaho de las tumbas
sus ya marchitas hojas no marchita?
Al no poder llorar, ríen los hombres,
y, al mirarlos pasar, causan envidia.
¡*Siemprevivas*! si el bien tiene su llanto,
también tiene el dolor su amarga risa.

VESTALES

Tomo tus flores secas; pienso y lloro...
Al reclinar en ellas mi cabeza,
¿por qué siento un almohada de pureza,
de frescura, de aroma, de ilusión?
Es que el recuerdo y el tranquilo llanto,
vestales que custodian los amores,
dan vida y dan perfumes a las flores
que la nieve del tiempo marchitó.

ODIO Y AMOR

El alma anhela amor: ley es del cielo;
y anhela aborrecer: ley de la tierra...
Odio y amor, indefinible anhelo,
que, del hombre infeliz, la historia encierra.
Infeliz yo no soy, mas que un desvelo,
una ilusión mi bienestar destierra.
¿Amaré a mi verdugo? Tengo miedo...
Odiar a mi ilusión... ¡Ah! no, no puedo!

Y ella acibara sin piedad mi vida;
es parte de mi ser que lo destroza;
gime el alma en sus brazos abatida
y sufre en el gozar: sufriendo goza.
No puedo amar esa ilusión mentida,
si la abandono, el corazón solloza;
ilusión: sufriré tu amor funesto;
más sabe que, al amarte, te detesto.

IMPOSIBLE

Dejadme recordar; y en ese limbo
en que agitan sus alas los amores,
y suspiran insólitos rumores,
que el alma sabe traducir no más,
las palmas donde duermen los recuerdos
abaniquen mi frente soporosa,
que al beso de su brisa mentirosa
en un seno de amor se dormirá.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
vaga ilusión que a otra ilusión imita!
No entiendo el corazón cuando palpita,
mecido por su aliento celestial.
¡Y me habla tanto en su lenguaje mudo!
¿Cuándo lo entenderé? ... Cuando la vida,
en mundo de recuerdos convertida,
de mentiras engendre una verdad!

LATIDOS

Es alta noche y mi reloj no calla:
cuando todo en su paso se detiene,
sin rumores el mundo y los espacios,
sólo el tiempo no duerme.

¡Ah! marca la distancia de la tumba,
y esta camina y es más corta siempre:
el compás del reloj jamás dormido,
es el vivo latido de la muerte!

ERA TARDE

Era tarde. De un salmo lejano
aspiraba el compás religioso;
e impregnado de su alma inocente,
lo expiraban más puros sus ojos.

Las estrellas reían en ellos
cual de un lago tranquilo en el fondo,
y pasaban las nubes tan leves
como dulce visión de un insomnio.

Quién pudiera infiltrarse en silencio,
en un salmo de amor cadencioso;
absorber el perfume de su alma,
y morir palpitando en sus ojos!

Desde Melchor Pacheco y Obes a Juan Zorrilla de San Martín, esta antología representa cuarenta años de la literatura culta uruguaya y aprisiona lo más rescatable del ciclo romántico donde se echaron las bases de la lírica nacional y se inició la exploración narrativa y folletinesca de la realidad del país.

ENCICLOPEDIA



20

URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A.,
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada
en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel).
Noviembre de 1968.